

LIBROS

«El Salterio»
y lo absurdo
nuestro
de cada día

¿Quién hay detrás de este seudónimo, Saltés, evocador de una isleta sureña, onubense? Como casi siempre, también en este caso, detrás del dibujante de humor hay un pintor: Tomás García, bien conocido por sus experiencias artísticas con el auxilio de computadoras, realizadas tanto individualmente como en equipo, junto a Semperre, Alexanco, S. Sevilla... Este dato de la biografía artística de Tomás García (Bellas Artes del 60 al 68, exposiciones individuales y colectivas, cuatro en Madrid) empieza a ponernos en la pista para comprender —creo— la esencialidad del dibujo de la que ha partido —o a la que ha llegado Saltés— en este libro que acaba de publicar Ediciones Júcar.

En efecto, en estos dibujos culmina un proceso de despojamiento total, hasta el punto de reducir los cuerpos a un contorno tembloroso, arriesgado, sobre la hoja en blanco. En los primeros dibujos de El Salterio sorprende el adelgazamiento de los recursos del dibujante, sorprende el riesgo enorme a que ha querido exponerse el humorista confiándolo todo a la expresividad de unos meros trazos sin ayuda de otros elementos. Una línea intencionada, escueta, sobre la cartulina, maniobrada por un impulso surreal. Se diría que Saltés no sólo confía absolutamente en su propio talento, sino también en el de sus lectores, a los que tampoco ayudará nunca con el recurso de la palabra escrita. En estos dibujos, Saltés investiga en la psicología

humana desde un ángulo muy individualizado. Se diría que utiliza en muchas ocasiones los recursos del mimo, y las exploraciones, a partir de un gesto de la boca, los ojos revelan contenidos de ambición, ansiedad, violencia. A veces, la investigación sobre la persona se conseguirá enfrentándola con los objetos, cuya funcionalidad Saltés altera para producir un efecto seguro de extrañeza. Así, la inocencia del personaje queda puesta en cuestión por la incorporación a él de elementos procedentes del mundo de la técnica y, más concretamente, de la violencia. No voy a poner ejemplos ni a describir dibujos cuyo significado resultaría solamente comprensible a partir del lenguaje pictórico. Por fin, Saltés entra también en temas más directamente políticos, como el colonialismo o el imperialismo, si bien con una sobriedad tal, y sin abandonar el mismo mecanis-

mo surrealista, que nunca deja de hablarnos al más alto nivel de los conceptos.

Este Salterio, esta bien ordenada selección de dibujos, unitaria, y no por razones externas de voluntad recopiladora y mercantil, sino porque entre todos los dibujos componen una secuencia armónica, es, de los libros de dibujo humorísticos, tan abundantes en el mercado español de estos últimos años, uno de los más exportables, uno de los más universales. En aras de la unidad y de la calidad, Saltés no ha introducido en esta selección otros dibujos más comprensibles, más anecdóticos, más periodísticos. Respecto a su universalidad, realmente no hay una sola referencia en este libro que pueda inducirnos a pensar que se trata de un dibujante «español», ni tampoco «andaluz», como lo es por haber nacido en Huelva.

Sí es, en cambio, un dibujante a la altura de

los tiempos. Este Salterio no necesita ser traducido para ser comprendido más allá de nuestras fronteras, y no sólo porque no exista en el texto, sino porque las situaciones sobre las que trabaja Saltés son universales, o al menos lo son respecto a eso que entendemos por mundo occidental, donde el hombre posee unas determinadas técnicas o es poseído por ellas. Siempre sugeridor, nunca demagógico, tampoco tremendista, consciente siempre de que se encuentra ante un lector inteligente, nos advierte trasmitiéndonos que el hombre tiene una capacidad de autodestrucción tal, que un buen día puede llegar a sacarse el dedo por el occipital por haber comenzado a hurgarse en la nariz. Un plano de cola puede trasmutarse en una inmensa pistola. La sombra del avión sobre las gafas de sol puede convertirse en explosiva, y despertar así una conciencia cuando es ya

demasiado tarde. Quizá sea éste el definitivo mensaje de Saltés: la inconsciencia estúpida o ingenua de un mundo que juega con balines, bombas y carros de combate, y que contempla la pantalla del televisor dentro de un reloj de arena, mientras el tiempo material terminará por sumergirlo.

La extrañeza de los personajes de Saltés —por poco caracterizados, muy universales— tiene la virtud de despertarnos de una cotidianidad absurda. ■
C. ALONSO DE LOS RIOS.

Movimiento
obrero:
aproximaciones
regionales

Una de las vías para superar el grado de generalización descriptiva en los textos sobre historia del movimiento obrero, es la realización de monografías y análisis a escala regional o local. Dos libros recientes: *Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923)*, de Antonio María Calero, y *El movimiento obrero en Mallorca*, de Pere Gabriel Sirvent, pueden servir para contrastar empíricamente la afirmación anterior.

El libro de Calero prolonga los rasgos positivos de su primer trabajo como historiador que conocemos: una excelente edición crítica del relato autobiográfico del albeitar Pérez del Alamo sobre su propia sublevación. Calero no se limitaba a añadir algún dato biográfico a los ya conocidos, y a montar una glosa de segundo grado sobre el texto presentado, sino que trataba de arrojar nueva luz sobre la insurrección de Loja analizando la estructura de la propiedad y del poder en la comarca, mediante la explotación de las fuentes cuantitativas accesibles. Aquel notable prólogo, que fue elogiado en estas mismas páginas por J. A. Gómez Marín (1), hacia conce-

(1) J. A. Gómez Marín, Pérez del Alamo y la revolución en Andalucía. TRIUNFO número 519.

bir esperanzas positivas acerca del trabajo en curso del autor sobre el movimiento obrero granadino a comienzos de siglo. Y, a la vista del libro publicado por Editorial Tecnos, semejante expectativa no se ha visto defraudada.

Calero plantea el estudio del movimiento obrero granadino desde una perspectiva de historia total; es decir, tratando de reconstruir su secuencia en el marco de las relaciones políticas y las ideologías vigentes en el área estudiada, sin olvidar un estudio previo en profundidad del cambio demográfico y económico habido en la misma. Sólo así la evolución de las organizaciones permite conocer las razones del cambio sufrido, que en el caso granadino, se concreta en la pérdida de una hegemonía socialista en favor del sindicalismo, tras un período de consolidación aparente de aquella, entre 1908 y 1919. El camino de la totalidad al análisis concreto se rehace en sentido inverso en el capítulo final, mediante la elaboración de una serie de hipótesis, sumamente pertinentes a nuestro parecer, sobre las relaciones UGT-CNT en el marco nacional y el papel jugado por la conciencia de clase en la evolución de las relaciones sociales. El análisis de la implantación de las organizaciones y de los conflictos sirve también para destruir el tópico de una historiografía postromántica, aún muy difundido, sobre la relación causal entre latifundio y campesinado revolucionario en esa falsa totalidad que es Andalucía.

Calero ha sabido salvar, en fin, las dificultades de documentación, que plantea la falta casi total de prensa societaria obrera en la Casa de los Tiros. La consulta de las publicaciones diarias y, singularmente, de *El Defensor de Granada* han permitido borrar este vacío, dentro de un cuadro de investigación en que el documento hemerográfico ocupa un papel central, pero no exclusivo.

